

acababa de oír, y fue á ofrecerse al Obispo como un hijo á su padre, como un novicio á su maestro, para no tener otra direccion mas que la suya. Este Prelado le dijo que se preparara para las Ordenes, que debian tener lugar por la Trinidad, que estaba próxima; y el humilde Prepósito, dejándose guiar por la obediencia, fue á encerrarse en el retiro, tanto para disponer su alma á recibir las Ordenes, como para ocultarse á las congratulaciones y alabanzas. Esperimentó desde el primer dia una pena sensible. El Señor de Boisy, cuyas miras, demasiado humanas, estaban poco satisfechas con la dignidad de prepósito, sabiendo además que el canónigo cuya plaza ocupaba su hijo, unia á su título el de senador, vino á rogarle no se obstinara en hacer su posicion inferior á la de su predecesor, y consintiese en ser á la vez, como él, prepósito y senador, segun las intenciones bien conocidas del Duque de Saboya. «Conozco, le contestó Francisco conforme con la máxima de toda su vida, que Dios me inspira que me entregue todo entero y no á medias á su servicio; Él es mi único dueño, y no quiere rival.—Pues bien, haz lo que quieras, replicó el padre un poco irritado; bien veo que perderé el tiempo en procurar persuadirte: sirve solo á Dios.» Apresurándose á aprovechar esta franca declaracion, el nuevo Prepósito dejó desde entonces todo lo que podia tener aspecto de seglar; renunció su derecho de primogenitura con el título de Señor de Villaroget, y volvió á tomar su antiguo nombre de Francisco de Sales.

Llamó en seguida á un venerable sacerdote, Mr. Bouvard, para que le dirigiera en su retiro y le instruyera en las nuevas funciones unidas á las Ordenes que iba á recibir (1). Este quedó sorprendido al encontrarle tan bien instruido con respecto al Breviario y á la manera de decirlo; y como le manifestara su admiracion, «es, le contestó Francisco, que durante mi estancia en Padua iba los dias de fiesta á recitar las Horas canónicas con los Teatinos, y en

(1) Dep. de la Madre Greffier.

»mis viajes he tenido siempre gusto en decir el Oficio divino con el Sr. Deage; y esto por tres razones: primero, por alabar á Dios; en segundo lugar por aliviar á mi ayo; y por último para instruirme y ocuparme, porque despues de la Escritura Sagrada, no conozco libro mas hermoso que el Breviario.» La tarea del Sr. Bouvard fue por consiguiente muy fácil; no tuvo mas que hacer que edificarse con las santas disposiciones del piadoso ordenando.

Habiéndole sorprendido el último dia del retiro en la capilla bañado en lágrimas, le preguntó la causa: «Ay, le contestó el piadoso Prepósito, consideraba la inconstancia de cierto religioso que, habiendo abandonado su vocacion, ha dado grandes escándalos á la Iglesia. Por lo que á mí hace, vedme en el buen camino de la vida eclesiástica; no quiero salir nunca de él, sino marchar siempre adelante, y ruego á Dios me conceda esta gracia.» (1)

Despues de haberse preparado así con un fervoroso retiro á dar los primeros pasos en el santuario, Francisco recibió las Ordenes menores, de mano de Monseñor de Granerio, el 8 de junio de 1593, y cuatro dias despues, el sábado, víspera de la Santísima Trinidad, fue elevado al subdiaconado. El Obispo, queriendo manifestar su alegría en un dia tan feliz para la Iglesia, invitó á comer á la familia de Sales, y el nuevo subdiácono se mostró en este convite tan amable como siempre. «Parece, Monseñor, dijo con gracia al Obispo, que soy un hijo pródigo: á mi entrada en la familia sacerdotal, me dais un banquete de regocijo.» El Obispo replicó: «Sois mi hijo, en quien Dios ha derramado sus gracias con profusion; bien pronto seréis para mí alguna cosa mas. Entre tanto, os ruego prediqueis en la catedral el jueves próximo, fiesta del Santísimo Sacramento.—¡Ah! Monseñor, contestó Francisco, como subdiácono no tengo derecho, y como novicio en el estado eclesiástico, no tengo capacidad para hacerlo. Lo quiero así, dijo el Obispo.—Puesto que lo ordenais, contes-

(1) Dep. de la Madre Greffier.

tó el santo subdiácono haciendo una profunda inclinacion, obedeceré: *In verbo tuo laxabo rete* (1); pero si lo desempeño mal, solo podrán quejarse de vuestra orden. Francisco se puso al punto á la obra, y, gracias á su facilidad natural, á sus conocimientos adquiridos, á su piedad, que le inspiraba abundantemente sobre un asunto tan fecundo como la Sagrada Eucaristía, el sermon fue compuesto bien pronto (2). El nuevo predicador no esperaba mas que el momento de subir al púlpito y de hacer su primer ensayo, ese momento que con tanta ánsia se desea pasar por el orador novicio, para librarse de la inquietud natural que pesa sobre su alma. Pero en esto sabe que un célebre predicador de la Orden de los Menores, el Padre Fodéré, acaba de llegar á Annecy, al cual toda la ciudad, y el Obispo mismo, desea oír, y que teniendo que partir, no puede predicar otro dia sino el del Santísimo Sacramento. Francisco al saber esto, cediendo voluntariamente su lugar, va á buscar al Padre Fodéré, y le suplica con instancia dé á toda la ciudad el consuelo de recibir de su boca la palabra divina. La proposicion fue aceptada, y el sermon, tan bien preparado, trasladado tambien para el dia de la Octava (3). El predicador estaba perfectamente dispuesto para este dia, y sin embargo, ¡cosa estraña! apenas hubo oido el primer sonido de la campana que llamaba al sermon, fue sobrecogido de un vivo temor, acompañado de un temblor febril tal, que no podia sostenerse en pié. Entre tanto era necesario partir, pues la hora de subir al púlpito estaba próxima. En este apuro recurrió á Dios con confianza, rogándole humildemente viniera en su ayuda, y bien pronto su oracion fue escuchada; cesó el temblor, se sintió fuerte, se levanta y se dirige á la iglesia, donde le esperaba una multitud inmensa, ávida de recoger sus primeras palabras (4).

(1) Es decir: Sobre vuestra palabra arrojare mis redes. (Luc. IV.)

(2) Año santo de la Visitacion, 30 de mayo.—Carlos Aug., p. 51.

(3) Dep. de Rendu.

(4) Dep. de Santa Juana Francisca de Chantal, art. 8.

Apareció en el púlpito con una seguridad modesta, y desde el exordio elevó el pensamiento de sus oyentes hasta las profundidades de la Divinidad; allí, despues de haberles mostrado la soberana Bondad como tendiendo esencialmente á comunicarse y á derramarse, distingue en ella tres sublimes comunicaciones: por la primera, el Padre se comunica al Hijo, el Padre y el Hijo al Espíritu Santo; por la segunda, la adorable Trinidad comunica su Verbo á la naturaleza humana en el misterio de la Encarnacion; por la tercera, Dios comunica al hombre el Verbo encarnado en el Sacramento de la Eucaristía; y estas tres comunicaciones, añade, «están de tal suerte unidas entre sí, que la tercera no puede ser sin la segunda, ni la segunda sin la primera, siendo la tercera memoria de la segunda, y la segunda memoria de la primera.» Habiendo emitido estos altos pensamientos, probó rápidamente las dos primeras comunicaciones, y llegando á la tercera, que debia formar el fondo de su discurso, demostró la presencia real del Verbo Encarnado en la Eucaristía con el fin de comunicarse á los hombres, con los pasajes mas decisivos de la Sagrada Escritura, que presentó con una lógica irresistible, al mismo tiempo que hizo resaltar la contradiccion notable de los herejes, los cuales pretenden, por un lado que la Escritura, único juez de la fe, está perfectamente clara, y por otro no pueden entenderse sobre el sentido que es necesario darle. Despues de haber así batido en brecha á los herejes se dirigió á una segunda clase de oyentes, á los católicos que tienen necesidad de ser afirmados en la fe, y los confirmó en ella, tanto por la doctrina de los Padres y Doctores de la Iglesia, como por la invariable creencia de todos los siglos cristianos. Pasando de ahí á las almas piadosas, que formaban como una tercera clase de su auditorio, las exhortó con todo el ardor de un corazon abrasado en amor á la devocion del Santísimo Sacramento, este alimento de los escogidos, este vino que engendra vírgenes, este pan de ángeles, este principio de una vida inmortal, esta prenda de una bienaventu-

rada eternidad; terminando este bello discurso con una fervorosa oracion (1).

Así que cesó de hablar, hubo en todo el auditorio, hasta entonces silencioso é inmovil por la atencion que le absorbía, como un estremecimiento universal de satisfaccion, demostrando todos con movimientos y ademanes su admiracion, y muchos derramaban lágrimas. Al salir de allí, en todo Annecy resonaba un grito unánime de alabanza y admiracion, y el Obispo, mas conmovido que nadie, no pudo contener los sentimientos de alegría de que su corazon estaba henchido. «Habeis oido á mi hijo, dijo á los canónigos y principales de la ciudad. ¿Qué pensais de él? ¿No es cierto que ha dicho cosas maravillosas, y de un modo »mas maravilloso aún? Tenemos en él un apóstol poderoso »en obras y palabras; nos ha sido dado por Dios para enseñar la ciencia de la salvacion á los pueblos.» (2) El digno prelado no tardó en ir á felicitar á los Señores de Boisy; encontró al uno derramando aún lágrimas de gozo, y á la otra rodeada de las señoras de la ciudad, que la aplicaban las palabras del Evangelio: *Bienaventuradas las entrañas que han llevado este fruto bendito de santidad* (3). En fin, hasta los calvinistas que habian concurrido al sermón atraídos por la reputacion del predicador, quedaron profundamente impresionados. Allí fue donde recibió el primer impulso de volver á la verdadera Iglesia el baron de Avully, señor muy sábio, muy ejercitado en las controversias teológicas, el principal apoyo del calvinismo en el Chablais, y uno de sus mas ardientes defensores. Este discurso le hizo concebir mejor opinion de la fe católica, y desear tener conferencias particulares con el predicador, cuyo feliz resultado veremos en el trascurso de esta historia.

Si el efecto de este primer sermón fue tan maravilloso,

(1) Carlos Aug., p. 51 y 52.

(2) Idem, p. 52 y 53.

(3) Luc., II.

no se debe atribuir solo á la elocuencia del orador, sino mas bien á la escelencia de sus virtudes y á la alta idea que se tenia de su santidad. Su palabra penetraba hasta el fondo de los corazones, porque todos sentian que era la palabra de un hombre de Dios, de un santo. Bajo cualquier aspecto que se considerara á aquel joven, poco tiempo antes seglar, se veia en él un modelo acabado. En su casa distribuía el tiempo entre la piedad y el estudio; en la mesa, su templanza admiraba á los que de ella eran testigos; en la ciudad, la modestia de su aspecto era un espectáculo de edificacion. En el coro cantaba las alabanzas de Dios con el fervor y la piedad de un ángel. En fin, hacia pocos dias que habitaba en Annecy, y ya todos le llamaban el modelo del cabildo, la perla de los eclesiásticos, la gloria de la Iglesia de Ginebra (1).

Tal era la fe y recogimiento de su vida, que las compañías mas disipadas no podian sacarle de él. Un dia que el Señor de Boisy daba un gran convite á varios señores de la primera nobleza, el nuevo subdiácono, sin atender á la comida, hablaba de cosas piadosas con los que estaban á su lado; y como estos encantados con sus discursos, olvidaban el alimento por oírle: «Preósito, le dijo su padre, invítad á los que estan junto á vos á que coman y »beban.» El santo jóven por obediencia, dijo con un tono modesto: «Señores, mi padre manda que se coma y se »beba:» y continuó en seguida sus santas conversaciones, mas ocupado de las cosas del cielo que de las de la tierra (2).

Aunque no era aún mas que subdiácono, tenia todo el celo de un apóstol; visitaba á los enfermos, reconciliaba los corazones divididos, le afligian todos los males de sus hermanos, pero mas que nada los sufrimientos de la Iglesia. Las calamidades de la diócesis de Ginebra eran grandes, en efecto, en esta época, y capaces de afligir á un co-

(1) Carlos Aug., p. 53.

(2) Dep. de Dumon.

razon menos sensible que el suyo. Por un lado la herejía, que tenia su asiento en Ginebra, se propagaba por toda la diócesis, y los que permanecian católicos se relajaban con este peligroso contacto; por otro lado, el azote del hambre, las enfermedades y las guerras amenazaban á todo el pais; en fin, los fieles, rodeados de soldados y de hombres hostiles al catolicismo, estaban espuestos, tanto en el cuerpo como en el alma, á peligros de todo género. El nuevo subdiácono, no contento con ofrecer al cielo oraciones fervorosas por necesidades tan urgentes, concibió el proyecto de fundar una asociacion religiosa como el remedio mas eficaz á tantos males. Su espíritu elevado comprendió que los hombres aislados son débiles y sin energía, no atreviéndose á avanzar en el camino de la virtud por el temor de no tener prosélitos, y de no poder sostenerse solos, pero los que marchan unidos se sostienen y alientan con su ejemplo, y se fortifican por los mil medios que ofrece la asociacion; y que por lo demás no hay nada mas conforme al espíritu de la religion, que siendo todo caridad, tiende á unir lo que el egoismo aísla, ni nada mas usado en la Iglesia, que en todos tiempos ha tenido sus cofradías ó asociaciones de fraternidad evangélica, muy diferente de esa fraternidad filosófica, bella en palabras y estéril en resultados.

Lleno de estos pensamientos proyectó la institucion de una cofradía bajo el título de *Cofradía de penitentes*, título destinado á recordar sin cesar á los miembros de la asociacion, que deben hacer penitencia por sus propios pecados y por los de todo el mundo, con el fin de aplacar la justa ira del cielo, ofendido con tantos crímenes. Pero á esta cofradía era necesario colocarla bajo algun patrocinio, y para esto escogió lo que el cielo tiene de mas grande: Jesucristo, la Santísima Virgen y los Apóstoles; y como Jesucristo habia sido tan ultrajado en su cruz, abatida y rota en todos los alrededores por los herejes, é importaba, para reparar las injurias, honrar este divino estandarte, que ha vencido al mundo y triunfado de los demonios y de

tantas herejías; y como por otro lado el culto de María concebida sin pecado, tiene una virtud particular para obtener gracias, y entre todos los apóstoles, San Pedro y San Pablo, patronos titulares de la Iglesia de Ginebra, son los naturales protectores de la verdadera fe, resolvió dar á su asociacion el título de *Cofradía de penitentes de la Santa Cruz, de la Inmaculada Concepcion y de los apóstoles San Pedro y San Pablo* (1). Determinado el título de la cofradía, era preciso fijar un lugar para sus reuniones. Francisco comprendió que los ejercicios piadosos y las diversas prácticas de una cofradía tal como la que queria establecer, eran poco compatibles con las exigencias del servicio parroquial, y en su consecuencia escogió para lugar de la asociacion la iglesia de San Juan Bautista, que no siendo frecuentada por falta de sacerdotes que sostuvieran el culto, podia sin inconveniente ser destinada á este uso.

Fijados estos preliminares, faltaba establecer las constituciones de la cofradía: este era el punto esencial, porque de él dependian los frutos de la nueva institucion (2). Por eso el santo fundador las meditó largo tiempo delante de Dios; muchas oraciones precedieron y acompañaron á su redaccion; y se puede decir que fueron el resultado de sus comunicaciones con el cielo, mas bien que el producto de su propio espíritu. Nos limitaremos á dar aquí un resumen de ellas, advirtiendo que si se encuentran algunas reglas poco en relacion con nuestras costumbres, es necesario pensar que no sucedia lo mismo entonces, dado el espíritu cristiano de aquella época.

El piadoso fundador, convencido de que la frecuencia de sacramentos es el medio mejor de mantener al hombre en su deber, de sostenerle en sus debilidades y de hacerle salir de su abatimiento, puso por primera regla que los miembros de la cofradía comulgarian en las fiestas de la

(1) Carlos Aug., p. 54 y sig.—Opúsc., p. 55 y sig.

(2) De Maupas, p. 50 y sig.

Invencion y Exaltacion de la Santa Cruz, de la Concepcion de la Santísima Virgen, de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y todos los segundos domingos de mes, excepto el mes en que se encuentran las mencionadas fiestas. Luego, como el canal de las gracias es la oracion, la llave de los tesoros del cielo, el remedio de todas las miserias privadas y públicas; estableció que los mismos dias, el Santísimo Sacramento estaría espuesto desde la mañana hasta la noche en la iglesia de San Juan; que habría constantemente dos cofrades en oracion durante una hora, en el tiempo señalado por el prefecto de la Cofradía, rogando por el Papa, los Prelados y todo el clero, por la exaltacion de la Iglesia, la conservacion de la fe y la conversion de los herejes, por la prosperidad de la cofradía para que produjera frutos de virtud agradables á Dios; en fin, por todas las necesidades de la sociedad. En los mismos dias, y además en la noche del Jueves al Viernes Santo, habría procesion pública de los cofrades, que marcharían de dos en dos con gran recogimiento, cantando las oraciones que se ordenarían, ó recitando el Rosario en voz baja. Todos los domingos los cofrades asistirían, si podían, á la Misa que sería celebrada por un sacerdote de la cofradía en la iglesia de San Juan. Todos los dias, á la señal dada por la campana de la iglesia principal, recitarían cinco Padre nuestros y cinco Ave Marías en honor de las cinco llagas de Nuestro Señor, de rodillas y con la cabeza descubierta, en cualquier lugar que se encontraran, aunque fuera en las calles ó plazas públicas, y esto con el fin de alejar de Saboya las calamidades que la amenazaban, y abrir sobre este pais el seno de las divinas misericordias.

A la frecuencia de los Sacramentos y á la oracion, el santo fundador añadió las buenas obras, y he aquí las que prescribió. Los cofrades, dijo, se impondrán como un deber visitar á los enfermos y encarcelados para consolarlos, aliviarlos y procurarles los socorros de la religion, acompañarán al Santísimo Sacramento cuando se les administre, y si no pueden, recitarán por el enfermo un *Pa-*

dre nuestro y Ave Maria. Así que sepan que los cofrades están divididos ó en pleito, trabajarán por reconciliarlos y arreglar sus diferencias. Cuando muera un cofrade asistirán todos á sus funerales, y cada año dirán ú oirán una Misa por los cofrades difuntos. Despues de estas prescripciones, Francisco determinó la forma del hábito de la cofradía, los títulos y atribuciones de los diferentes oficiales que debian ser propuestos en ella, reconociéndose en todas estas órdenes el lenguaje de la piedad y de la sabiduría unidos íntimamente (1).

Cuando todo estuvo organizado, lo remitió al Obispo, que dió de todo corazon su consentimiento, y luego, á los canónigos sus colegas. Habiendo accedido todos con entusiasmo á esta inspiracion de su celo, se inauguró la cofradía el 1.º de setiembre de 1593, y, por acta capitular del mismo dia, el Cabildo aprobó sus estatutos y reglamentos.

En la primera reunion que tuvo lugar fue nombrado prefecto, es decir, jefe ó superior encargado de presidir y dirigir todos los ejercicios, y tuvo el consuelo de recibir, como uno de los primeros miembros, al Señor de Boisy, su padre. Pocos dias despues, el 14 de setiembre, dia de la Exaltacion de la santa Cruz, tuvo un consuelo aún mayor. Era la primera fiesta de la cofradía, y no se perdonó nada para que se celebrara con la mayor solemnidad posible. La música de la ciudad hizo oír sus armoniosos ecos, la iglesia fue artísticamente decorada, el concurso de los fieles inmenso, su modestia y recojimiento admirable, y todo el mundo bendijo á Dios por una institucion que iba á procurar á Saboya inestimables ventajas, propagándose sucesivamente en las diversas parroquias.

Esta hermosa solemnidad, que realzó en la opinion pública la reputacion del nuevo subdiácono, fue para él una digna preparacion al diaconado. Lo recibió el sábado siguiente 18 de setiembre, y vió en esta nueva ordenacion una obligacion de mayor fervor y celo. En su consecuen-

(1) Carlos Aug., p. 59 y sig.

cia, no contento con aplicarse á estar mas unido á Dios, á hacer mejor todas las cosas, á proseguir con mas ardor aún la propagacion y el desarrollo de su nueva cofradía, visitaba los lugares vecinos á Annecy, catequizando á los niños, instruyendo á los aldeanos, cuya ignorancia en materia de religion le afligia profundamente; y aquellos buenos campesinos, movidos de la dulzura, de la caridad y del celo del nuevo apóstol, le escuchaban con tan buena voluntad, que tuvo el consuelo de ver un cambio sensible en todo el país. El Obispo de Ginebra creyó que, en interés de la Iglesia, era en él un deber elevar lo mas pronto posible al sacerdocio á un diácono tan fervoroso, y le mandó prepararse á recibir las Ordenes en las Témporas del Adviento. El santo diácono obedeció, y el sábado 18 de diciembre inclinó la cabeza bajo la mano del pontífice que le consagraba sacerdote. No trataremos de contar cuál fue su fervor durante esta augusta ceremonia; es un secreto de Dios y de sus ángeles: lo único que podemos decir es que, viéndole tan profundamente abismado en la meditacion de la sublime dignidad que le habia sido conferida, el Obispo derramaba lágrimas de ternura, y todos los asistentes, llenos de admiracion, creian ver en él un serafin mas que un hombre mortal (1). «A partir de este día, dice el P. la Rivière en su antiguo y piadoso lenguaje (2), se entregó enteramente á la vida interior y pacífica.» Lleno de un soberano respeto al carácter sacerdotal, y de admiracion á la soberana Bondad á quien era deudor de tan señalado beneficio, estaba tan vigilante sobre sí mismo, que se reconocia claramente que se habia cambiado en otro hombre; lo que se hacia sensible en su rostro, en sus ojos, en su hablar, en su aspecto, en todas sus acciones, en las cuales brillaba un no sé qué de angelical y divino, que obligaba á las personas con una dulce violencia á amarle, honrarle y estimarle.

(1) Carlos Aug., p. 81.

(2) Idem, p. 112.

LIBRO SEGUNDO.

Desde la promocion de San Francisco de Sales al sacerdocio en 1593, hasta su eleccion para la coadjutoría de Ginebra en 1598.

CAPITULO I.

Su primera Misa, y principios de su ministerio. Rasgos notables de su ciencia teológica. Se trata de indisponerle con el Obispo de Ginebra. Peregrinacion á Aix de Saboya.

(Años 1593 y 1594.)

Francisco de Sales, elevado al sacerdocio, no se atrevió á subir al altar desde el dia siguiente de haber sido ordenado, sino que creyó deber prepararse para ello con un retiro de tres dias. En él formó tres resoluciones dignas de la elevada idea que habia concebido del sacerdocio. La primera fué acompañar todas sus acciones del mismo espíritu de religion que en el altar, y hacer de todos los momentos del dia una preparacion continua al sacrificio del dia siguiente, de modo que pudiese responder con verdad si le pedian cuenta de su conducta: «Me estoy preparando para celebrar la Misa.» La segunda fué, no subir nunca al altar sino con las mismas disposiciones en que quisiera estar para morir y comparecer ante Dios. La tercera, por último, fué unirse en todo á Jesucristo, sumo sacerdote, por el recogimiento del amor y la imitacion de sus ejemplos; pues decia, que incorporándose el sacerdote á Él en el Sacramento del altar, es necesario que se identifique con Él; y para que Dios se complazca en identificarse con nosotros, es necesario que nos hagamos en todo semejantes á Dios: para vivir y permanecer con Él, debemos vivir como Él. «¡Dios mio! añadia, cuando pienso en estas verdades, me parece que mi pobre corazon va á estallar y á decirme: ¡Ah! ¡viva Jesus! porque yo no quiero ni puedo